Tres libros de esencia americana

I

EMBRUJO Y DESEMBRUJO DE HAITÍ.

He aquí un libro de pura sangre americana, como *La vorágine* y *Huasipungo*. Como Icaza, Gerardo Gallegos es hijo de Ecuador, pero su alma vagabunda le ha llevado a correr tierras prodigiosas y hoy vive en Cuba, después de haber puesto pie en la república negra que construyó Petion, de donde arrancó esas páginas cálidas y fastuosas de *El embrujo de Haití*. Habría que hablar despacio y fervorosamente de este libro profundo, consagrado a escudriñar un capítulo del misterio americano, pues si no celebramos nosotros nuestros grandes libros, ¿quién los va a celebrar? ¡Andamos aún tan vueltos de espaldas a la magnificencia del bien común! Sin embargo, yo os juro que este *Embrujo de Haití* de Gerardo Gallegos es voz que acabará haciéndose oír de punta a punta de nuestras patrias, por cuanto traduce alientos verdaderos del genio de América. En la desdoblada majestad de su territorio óyese el resoplar de un mundo que nace.

Desde que el negro aparece en el trópico de América, viniendo de su selva africana en la cárcel de sentinas infames, un so-

plo mágico aduénase así de las Antillas como de Venezuela y el Mediodía de los Estados Unidos, cuyo suelo imprégñase del dolor del esclavo y va siendo rápidamente embrujado por la raza de color. El diabólico vigor del mismo blanco perece, al cabo, y los hijos del cuáquero son ya esclavos de sus esclavos. Oscura y feroz es la forja de las patrias. En los Estados Unidos, el negro ha inundado de su sensibilidad al blanco, y el descendiente del rezandero emigrado de la corte del Rey Jacobo tiene más que ver, a la fecha, con sus connacionales los descendientes de las dinastías del Níger y el Sudán y Madagascar que con el alemán o el inglés o el irlandés de cuyo tronco proviene la estirpe antigua. Allí donde el negro cayó, vomitado por los galeones del traficante rapaz, la tierra quedó señalada con hierro eterno. De *La cabaña del Tío Tom* que escribió una mujer misericordiosa en una hora de espanto al *Emperador Jones* y al *Embrujo de Haití*, media un intensísimo hilo de vida a lomos del cual se levanta un mundo: el del totalitario sentimiento de América. Dolor y orgullo de América hay en el herido canto de Langston Hughes y en la bufa proeza de Jones, jornalero de Nueva York coronado rey de una ínsula de las Antillas y en el amasijo de fiebre de una Noche de Vaudou de Haití. ¡Conspiraban a favor de la suerte remota del Continente aquellos protervos que fueron a arrancar al patabanal de Africa la carne inocente de los negros, cuya levadura demandaba este místico pan que con todas las sangres del planeta se amasa en América! No en vano el pueblo esclavizado ha poblado los jardines paradisíacos y monstruosos del trópico nuestro. Su aliento pesa, y cuenta, y duele. Las patrias se mueven a impulsos de un soplo de embrujo, como esta de Haití que fué a sorprender Gallegos a mitad de la Noche de Vaudou, la mágica Noche Negra de Walpurgis. ¿Quién es el insensato que osa hablar de razas en este profundo hervidero de gérmenes? El blanco se pudre, como en un aire de miasmas, y del pudridero emergen sustancias nuevas: Los lamentos del Pui resuenan en la

selva de Oeste, de Samaná, de los dos Santiagos antillanos. Púndrense las lenguas mismas y del revuelto caló emanan acentos musicales en los que andan confundidos harapos del francés, el español, el indígena y el negro. En las siguaneas medra aún el boato excesivo de la flora que deslumbró a la primera pareja del Edén. Respírase un aire de delirio y de cábala. Fuera de dos o tres hitos cardinales, la historia toda de Haití, hasta hace unas cuantas décadas, no pertenece a la zona de la conciencia del hombre, sino a la pura peripecia geológica. Verdad que un día desembarcó Bolívar, que venía derrotado de Venezuela, en la bahía de Puerto Príncipe y ahí le recibió Petion —que era también un mago y un hougán, es decir, un sacerdote del Vaudou— y hablóse bajo los yareyes del destino de América y el mulato ilustre quiso poner al servicio de la libertad su colaboración espléndida; pero todo ello es presagio apenas de historia que tienta organizar un sentido de la vida. Cuanto acaece en Haití, desde el alba aquella de los Engachados de Treinta y Seis Meses a la noche de sangre en que la turba enloquecida arrancó de la Legación de Francia a Vilbrun Guillaume San, el forajido, y lo inmoló bárbaramente, pertenece por entero al Vaudou. Como en la tragedia de O'Neill, resuena la selva al conjuro del tambor africano que celebra el rito de Legba, y siéntese el sér arrebatado en una turbonada de delirio en la cual imperan los mantrams y revuélvense en un jadeo primordial informes criaturas engalanadas a la europea, con entorchados estrafalarios e investidos de jerarquías grotescas y a la vez inocentes: Christophe que se hace proclamar rey y luego se suicida, Pierrot derrocado del trono y ululando en la ribera desolada del Lago del Fondo, Soulouque, emperador macabro...

En lo hondo de esta atmósfera alucinada muévase la novela de Gallegos. A través de dos desalmados —francés uno y haitiano el otro, su sucesor— los hilos secretos del destino confabulan esta historia de negros de Haití. Roger de Bouquet, el bucanero y negrero inmisericorde —compañero quizás de aquellos fa-

bulosos Esnombuc, Lavasseur y Ogeron que arrancaron a la Corona de España, a dentelladas, este pingüe lingote del Paraíso—cae inmolado por la venganza del Vaudou, y doscientos cincuenta años más tarde otro Bouquet gamonal y feroz repite el fin aciago de su ancestro. Es todo. Pero, a lomos de la hazaña, cabalga un mundo: el de Haití que nace, tras el desembrujado de sus potencias bárbaras. Aquello huele a cálida noche de simiente negra. Agitanse monstruosos convulsos y la fiebre de suelo y almas contagia, como una vaharada de miasmas. En el horno del trópico de América hierve la sangre que vino de África. Roger de Bouquet, como el negrero que abarrotó de sudaneses las vegas del Mississippi, es un agente de ese fogón, aunque nunca lo supiera. En el delirio de la selva embrujada no se penetra sin respirar los hálitos de los negros, los mulatos, los cuarterones, los octavones, los griffes, los marabous, hijos todos de la misma cábala. La nostalgia del terrón africano solloza en el tambor del rito. Un poeta de Puerto Príncipe anunció, cincuenta años hace, el día en que la bandera roja y azul de Haití flotará en los patabanales del Niger. Todo esto, en las húmedas noches antillanas, produce una meteorología de embrujamiento. En las almas gimen siglos de opresión y de martirio. Y el negro que soñó, poseído por el soplo de sus divinidades, en el retorno a sus ríos ancestrales, acaba siendo un americano, como su hermano de Georgia y de Venezuela. Pero, a la vez, la tierra en que vino a padecer y a ahijar carne conturbada, marcada está y estará para siempre con su sello poderoso. Haití es negro, como México es indio, como Cuba y Venezuela son mulatas. ¿Os acordáis del Llano de *Doña Bárbara*, embrujado también y al cabo desembrujado por el denuedo civilizador de Santos Luzardo? ¿Os acordáis de la selva mortífera de *La vorágine*, que sigue embrujada allá en su laberinto de caños y ríos monstruosos y pantanos devoradores? Pues es América toda la que está embrujada y como poseída por los soplos elementales de su suelo y sus razas mancilladas y dolorosas. Aquí y allá latén, en

la noche bárbara del Vaudou, tambores y conjuros. Un hougan era aquel Juan Manuel de Rosas que ideó la Mazorca, Vaudou siniestro cuyos mantrams mantuvieron a raya por muchos años a los unitarios e hicieron temblar de espanto a Buenos Aires, hasta que Urquiza obró el desembrujó a pujos de sangre, en Monte Caseros. Monte Caseros es también un rito, como el de Mamá Lombag que aniquiló los poderes de Gastón de la Croix Bouquet en la noche del salvamento de Haití cantada por Gallegos.

Este inspirado de Ecuador ha urdido un magno libro de clave americana, clave nuestra, entraña nuestra, total y sacramentada sangre nuestra. El embrujo de su Haití fabuloso es símbolo de nuestras patrias todas, que demandando están redención de desembrujó. Nuestra la noche feroz del Vaudou, aquelarre americano. Nuestros los conjuros del hougan del rito siniestro. Nuestro ese hervidero de razas en el que se pudren las simientes antiguas y géstase la simiente nueva, la simiente americana. Los tres tambores del terror resoplan aún por el Continente. Indiadas y negradas famélicas arrastran en la selva y en la sabana su miseria y su martirio, y no habrá patria en tanto ese llanto no sea enjugado a sorbos de corazón. Será libre el hombre y habrán terminado los poderes del Vaudou el día en que la tierra, gozosamente reintegrada a sus hijos, esplenda en comunión de todos. El día en que la última gota de sangre africana y aborígen filtre su espasmo en la totalidad generosa de la sangre nueva y en Haití y en América toda los tambores del embrujo se apaguen para siempre. Mientras tanto, queda ahí ese grito que arrancó del hontanar de Haití Gerardo Gallegos, vibrando en la ebriedad de nuestra honda noche de cábala.

II

UN GRAN LIBRO CUBANO Y AMERICANO.

De este bronco y fornido libro de Enrique Serpa que América toda tendrá que conocer y admirar muy pronto, he de hablar sin esconderme emoción y fervor, porque el cubano ilustre que lo echó al mundo no se los escondió, por cierto, ni puso tapujo de adocenada moderación al apasionado, al tierno, al ardiente mensaje de su *Contrabando*. *Contrabando* es ya la más feliz de las novelas antillanas y una de las más eficaces creaciones del sentimiento americano. Soplos de un mundo nuevo surgen, aquí y allá, a decir la pasión de su suelo. Y con el de Guillermo Meneses, el venezolano que tiene en fiesta —legítima y gloriosa fiesta— a su Caracas, hoy, el nombre de Enrique Serpa incorporado queda a la cabeza de la mención de los hijos de este Continente que trabajan en lo oscuro y amargo de sus patrias por producir luz deslumbradora en los territorios del destino americano. Duélanse en Europa en hora mala de que allá la novela —¿y por qué nada más la novela? ¡la vida toda, y con ella el genio creador del hombre!— es cosa liquidada que alcanzó giro postrero en Mann y Proust y Joyce, que en América empieza apenas a balbucirse esa conjugación inspirada de tierra y seres que cuajará, un día, pronto, en obra nueva que acaso ya no sea ni novela propiamente, y ahora engalana a nuestras repúblicas con boato sucesivo e ininterrumpido de tipo original y fresco de expresión popular. Ayer en Venezuela, y en Argentina, y en Brasil, y en México, y en Colombia, y en Ecuador, y en Chile, y ahora en Cuba, se produce voz genuina y opulenta que confirma signos de conciencia americana que madura. Que madura y prepara su día universal. ¿Y en qué otra parte de la tierra cuenta el hombre con tamaño material de vida como el que late, inundándonos a todos con su trepidación primordial, en lo remoto de estas patrias que España vino a insertar en el jue-

go de un drama extraño y son hoy hornos convulsos en los que se amasa destino total de la especie?

El mundo de Enrique Serpa es cubano y americano hasta la raíz de sus tuétanos. Esos seres que jadean, primordiales, entre los sonos de los barracones de marineros de la Habana y los sesenta y cinco pies de eslora de "La Buena Ventura", exudan vahos de portentosa verdad antillana. Por cierto que no fué Serpa a buscar tema para su magna novela en las playas negras de Santiago, ni a las vegas villareñas, ni a la paz solariega de Camagüey, ni al ruido cosmopolita de la Habana, sino que le bastó meter mano en una simple y frugal aventura de puerto y mar, en la que tiró, como en foro soberbio, a un montón de seres broncos prodigiosamente puestos en pie. Muévense allí siete u ocho gentes de una tripulación de vivero que Serpa ha esculpido como un viejo maestro, piltrafas del humus urbano, misérrimos residuos de una civilización inhumana que buscan su pan en la pesca, en el Golfo de México, y tal cual son —pillos, rencorosos, ladrones cuando se presenta la oportunidad y siempre listos a fajarse a cuchilladas cuando de puntos de decoro de machos se trata— tienen su honra y su ley y son más ricos probos que tantos emboscados que engordan en sus despachos, en la ciudad, y se reparten jugosos dividendos y comercian, celebrados y famosos, con el dolor del prójimo... La novela toda contiene, concentrado y por ello más eficaz, un soplo vehemente de protesta contra la civilización materialista en la cual medran unos cuantos audaces sin escrúpulos sobre la rabia enconada de sus hermanos expoliados. Sin embargo, no la afea una sombra de inane prédica social, de ésas al uso de los barateros de hoy. Pues el libro eficaz no ha menester de prédica, sino que el mensaje ha de transminar de sus poros y encarnar, elocuente, en el soplo mismo del barro de sus criaturas. Tampoco *La vorágine* ni *Don Segundo Sombra* tienen tesis o disco chabacano de prédica, sino mensaje. Quien se ase al pobre recurso de la tesis discursera carece de mensaje inspirado. Y el

libro todo de Serpa —cubano, americano y humano— late de tan genuinamente inspirado. ¡Pero si ahí está Cuba, a través de sus hijos primordiales, y sus noches mágicas de alcanfor y efluvio, y su “aire cálido, enervante y pesado, casi visible”, y el vaho espeso de sus surgideros y sus chinchales, y la tristeza angustiosa de sus sonos lúbricos; y ahí está América, con su revuelta humanidad que crepita en horno de destino nuevo! Yo, por mí, no tengo empacho en confesar que me interesa muy poco lo que de Joyce y del monólogo interno haya capturado y trastrocado en giro vernáculo Serpa: lo que me importa y me tiene aquí, hablando, ahora, es su vivo, su impetuoso, su corajudo humor americano de suelo y mar y pueblo. Lo otro, como la relamida tesis discursera, y como la técnica toda de un libro, es cosa huera de virtuoso y accidente banal. Libro sin hombre en él —viviente y entero y clamoroso— no vale la pena de abrirlo. Vida y libro tienen sentido sólo en razón al hálito de hombre que en ellos padece.

Siete u ocho seres convulsos de verdad humana y americana, un mar de ancho aliento soberano y un hilo fibroso y delgado de aventura en el que se mece y dice voz la más acendrada, la más entrañable inflexión de Cuba: eso es todo en *Contrabando*. Y metido entre todo ello como una carta apócrifa entre un haz de barajas sudorosas, un héroe triste de ciudad —contrabando de contrabando— insertado en el fragor de pujos primordiales en razón, tan sólo, de su plata y su vivero, un señorito langoroso y derretido a fuerza de mordedura de la carne, dolorosamente vuelto hacia sí propio como un monstruoso poseído de su inhibición de hombre. Pero ello, aunque toca —claro está— orilla del territorio brumoso y ahogado de Bloom, el de Joyce —¿y cuál voz no toca playa de esa tragedia del hombre europeo de ahora, en América, si por igual somos hijos de un sino en el que amanece apenas y prolongamos, al mismo tiempo, agonía de otro que perece?— es mero accidente sin trascendencia en el plano americano de la creación de Serpa. A Eu-

ropa hemos de robarle cuanto necesitemos para urdir arquitectura nuestra, a condición de que el instrumental transportado de ajena matriz obtenga en tierra vernácula sello de fuego y hombre americanos. Horno somos y no muralla china. Y muy bien por Serpa porque su garra cubana supo verter molde postrimero de artificio europeo en limpio cauce de conjugación patria. La patria se hace también captando giros remotos y universales y echándolos a hervir en la infusión de nuestros propios jugos. La patria es boda cuantiosa del genio de un suelo y el aliento plural y total del mundo. Por eso este héroe que relata su poco pujo viril y su honda peripecia interior en *Contrabando* es todo de una pieza americano. "Almirante", le llaman en són de mofa sangrienta los hombres de su propia tripulación: —"¿y qué era yo, hipócrita, tímido y vanidoso, sino un contrabando entre aquellos hombres?"— perfecto señorito, hez de una casta entre la hez formidable de una civilización, introvertido que no logra vivir sin desgajar entre los dedos en espectro de análisis la vida. Sus compañeros, en cambio, apenas saben nada de la vida. La viven, y nada más, y no se paran en puntos de escrúpulos para desahogar un encrespado oleaje de pasión. ¿No jura por ahí ese mozo vestido de hilachas que es Pablo Alonso: "Yo no tengo remordimientos, ni conciencia, ni nada, si hago lo que debo, aunque sea matar a un hombre. Los remordimientos vienen cuando se quedan las cosas adentro?" Pertenecen todos a un mundo inocente y primordial, como el del infusorio o las bestias de la selva. Aun matar, cuando andan por ahí agallas de honra por medio, es función que no suscita disturbio en los oscuros hontanares del sér, como no lo suscita —¿y por qué había de suscitarlo?— una digestión, una borrachera o un buen hilo de sueño. Estamos en pleno aire hechizado y bárbaro del Primer Día. Apenas si, al pronto, una voz —una voz que corta, como una centella, el hipo de la rabia del miserable— aúlla, frente al litoral de yareyes y cañaverales que pertenece, en toda su extensión, a un solo acaudalado: "Todo

eso, tú ves, todo eso, pues es de un solo hombre". Y caemos, sin sentirlo, en plena angustia de estos años de los inicios del segundo tercio del siglo veinte, angustia que azolva el corazón del mundo y cuyas resacas inundan el sentimiento americano de confusa y rencorosa —y feraz, feraz también— animosidad. ¿Y en qué grito de hombre de ahora cabe borrar esta herida del drama social? La existencia anda mal y tiene rotos sus íntimos resortes, y el hecho universal y terrible trasciende aun a los planos del infusorio y la bestia de la selva. Muévase por ahí un hombre de once codos de esplendor de vida, macizo de humanidad y de zumos de pueblo, un tal Cornúa —¿habéis visto, alguna vez, embestir a la cornuda, en las desiertas calmas del Golfo de México?— patrón de la goleta "La Buena Ventura" y capitán de chusma de forajidos: la verdad americana que late bajo ese barro de Cuba curtido por los soles del trópico es hazaña que la garra de Serpa maquinó, como auténtico inspirado que es, recogiendo en calor de hombre los hondos jugos de su pueblo y su suelo.

A tambor batiente hemos de celebrar esta agua pomposa de fiesta cubana, fiesta de miserables metidos a contrabandistas, fiesta de pueblo y mar, fiesta del Golfo de México y Enrique Serpa. Pues si no damos música nosotros a nuestros magnos acontecimientos ¿quién va a darla? Y si no celebramos nosotros el paso hermoso y tirado a plomo de corazón del gaucho Martín Fierro y el gaucho Segundo Sombra y el cauchero del Río Negro y el cholo doloroso y sublevado del huasipungo ¿quién lo celebrará? Orgullo nuestro son —y con él hemos de construir otra vez el mundo— y su huella resuena en el fausto de leguas y leguas de ríos y selvas y enjoyadas noches de garcero y tulipán de la eslora de América como un ruido de mitos que sustentan ya las raíces del Día Continental. ¡Orgullo de América, el más grande, el más venturoso y trágico de los orgullos que pueden insuflar el alma del hombre actual! Que crezca en nuestros conturbados territorios, pues no hay creación feliz y

verdadera si antes el hombre no infundió en ella santo orgullo de poseído. Queda ahí clavado, entre la selva y el mar, ese lucero que Enrique Serpa prendió en la noche de América, frontero del alba cuya primera claridad tienta asomar.

III

EL SENTIMIENTO AMERICANO DE DICKMANN.

Estamos en pleno mundo mágico de América. Tierra, mitos, hombres, bestias, afloran de lo hondo del Primer Día de la Creación y aunque amanece ya, impera aún el vaho de la gran noche primordial del Origen. En un delta, cabe la ribera de un río pomposo y feraz, hierva —larvas, asomos bárbaros de vida, infusorios quizás— el primer hálito de la conciencia. Lejos, a mil leguas del exorbitante foro fluvial, allende el mar, una civilización secular se desmorona y se desgrana entre espasmos de delirio, una civilización que hace trescientos años vino a esta enjorada selva de América y dejó en ella sus jugos, su lengua, su Dios, su hambre, su llama, su genio, su angustia, y que es, sin embargo, perfectamente ajena a los íntimos ritmos de este suelo. Estamos en el Paraná, cayendo de Corrientes al Atlántico, entre el laberinto de caños, riachos, playas, isletas y pagos ribereños frente a los llanos oceánicos de la Pampa argentina, la nueva Mesopotamia de este preludio de destino americano. Quien lleva la voz del canto y dice la soberana epopeya del río y el suelo es Max Dickmann, el argentino inspirado. La epopeya no esconde, ni por encima siquiera, la totalidad de su magno mensaje: se llama *Madre América* y pertenece a la casta de los bravos ensayos de organización de la conciencia americana, como el *Martín Fierro* y el *Facundo* y *La vorágine*. Por sus páginas circula, como otro río de aguas capitales, el aliento verdadero de esta tierra conturbada y aún a oscuras del nuevo orbe. Pues de destino americano se trata, pero conjugado con barro de Argentina. El nombre mismo de la opulenta voz —

Madre América— devuelve unción de eco de Martí, que acuñó el grito, allá por los ochentas, en el exilio de Nueva York, en pleno delirio de misticismo americano. ¡Madre América! ¿No habla todo ello de un sacramento?

Sacramento de la vida que nace, en la ebriedad de una alba de tierra y larvas, cabe el rumor de un río prodigioso como un dios. En la ribera de un río emerge siempre la primera eclosión de la criatura, y en esta del Paraná hierve el sentimiento todo de un pueblo que acaba de despertar de honda noche de vísceras de tierra. Y que no ha despertado del todo, sino que lo posee, todavía, un cálido disturbio primordial y se mueve obediente a meros impulsos telúricos, en el regazo de una atmósfera mágica en la que imponen rigor de fatalidad las fuerzas turbulentas del suelo e imperan, despóticos, instintos, miedo, conjuros, mantrams. Hijo de su suelo, y de su río, y de sus estrellas, es el hombre de este Génesis americano. Estamos frente a la tremenda aventura cósmica de un mundo que nace. San Itatí, el pueblajo rabón que bebe los vahos primordiales del Paraná —trágico, miserable, bárbaro, simbólico, americano— es un puro saco obstétrico. Por eso los seres que se revuelven en él no obtienen vadear la oscura condición de fetos, larvas, infusorios. ¡De misteriosa abra de espanto proviene todo linaje, y de un ruido de río, y de un sigilo vegetal de tierra! Allí, en la ribera inefable de este “mar dulce” del Primer Día, ¿qué saben los seres inocentes y terribles del mundo que perece, ahora mismo, en Europa, y del enconado borbotón de odio de la lucha de clases, y de la fiesta de espasmos y suspiros de la música de Strawinsky o la poesía de Mansfield y Huxley? ¡Monstruosas vidas pegadas al palpitar del suelo y que por lo mismo remedan meras expresiones informes de la Naturaleza, hatajo de criaturas hundidas en lo abrupto de las selvas como políperos, destinos que acendran remota finalidad y parecen no tener ninguna y fraguan, sin embargo, inspirada raíz de linaje nuevo: tierra, tierra, tierra todo! ¿Qué son sino erosiones y savias de la tierra,

animadas por un sobresalto primario de vida, estos seres aco-
sijados de tremenda verdad americana que pululan entre las
calles de San Itatí y los broncos riachos del Paraná y tirán sin
tapujos sus bárbaras pasiones en el juego exorbitante de la
Naturaleza? De un horno se trata, y en él se produce trascen-
dental amasijo de América. El hombre, prisionero de la tie-
rra, transpora atmósfera de feroz y dominadora Naturaleza.
América toda es aún drama de la Naturaleza que vierte su ho-
rror en lo hondo de las almas. De allí emana, comienza a ema-
nar ya el giro sentimental de la patria, que es fiel conjugación
de hombre y suelo. Mientras tanto, San Itatí es saco obstétrico,
matriz, germen, horno de futura unidad civil americana, allá
en su boato doloroso de la selva, vecino de río solemne y noches
consteladas y mangas de tábanos, y con su nimio mundo criollo
de voluntades estranguladas y el vaivén inocente de sus hombres
y la renegrida miseria que aceza por todos los poros del ámbito
de río y pueblo y acuchilla de desesperación a los prisioneros de
este sino primordial de tierra. Gérmenes, gérmenes todos de hu-
manidad que cuajará en feliz sentimiento americano. Y en el
fausto de los días del delta, la minúscula aventura de los seres:
el idilio de Perfecto Garabentos y Ernestina, el pujo voraz de
Carlos Harimondeguy, el logrero en el que apunta raíz de virus
de arrivismo, la turbia ferocidad del suelo desbordada en soplo
protervo de Luminor, y bultos —un entrañable y emocionado la-
berinto de bultos— entre los riachos y las cuatro palmas de la
plaza del pueblo —Non, Policarpo, Camelia, Nazareno, Ga-
briel... Por ahí hay un fulgor —un pobre fulgor de hombre
ahogado por las fuerzas oscuras del suelo—: el de Perfecto
Garabentos, que emerge, conturbado de angustia de conciencia
viva que se da cuenta cabal de su drama de americano, de las vie-
jas prosapias pueblerinas de familia aristocrática derrumbada
en fracaso mediocre. Y alrededor de este grito de Perfecto,
sombras de noche y tierra que elaboran confusa creación de pa-
tria.

Creación americana de patria en cuyo proceso el aliento feliz de Dickmann prolonga a través de *Gente* la inflexión telúrica de *Madre América*. Una y otra son dos palpitaciones de un mismo epifoco: el horno de un mundo nuevo, argentino y americano. Para mi gusto, esta "historia de una generación" convulsa y jadeante que se desenvuelve en el regazo de una gran ciudad moderna —*Gente* y Buenos Aires— carece del hálito que hincha como a un océano al caudal de aguas vivas de *Madre América*; sin embargo, ahí va una tras la otra, desposadas en ritmo parejo de verdad y sentimiento americanos. Nada más lejos, por cierto, del tango novelado del Buenos Aires de tantos argentinos, que esta severa introspección en las vísceras del mundo metropolitano, gemela en angustia y frenesí trágico de aquella *Ciudad junto al Río Inmóvil* de Mallea, el de la soledad del hombre en la locura de la urbe. Con sobrada razón habla Héctor Agosti de "una novela de legítimas raíces nacionales". Lo es por sus cuatro rumbos, aunque no menudee ahí ni se asome el gaucho que liquidó gloriosamente Güiraldes en la historia ejemplar de don Segundo, aunque no tire su viento pampero el ombú longevo, aunque echen el paso sus criaturas por Reconquista y San Martín y la Avenida de Mayo y no por andador de pajonal de pago de Entre Ríos o chacra serrana de Córdoba: constitucional y sacramentalmente argentino y americano es el sentimiento que mueve los hilos de sangre del destino de *Gentes*. Pues para Dickmann, que es un inspirado auténtico, no existen fantasmas de éstos que levanta el superficial a modo de muralla china entre la llamada novela agraria y la llamada novela de ciudad: ¿y por qué habrían de existir si el de *Madre América* y *Gentes* se sabe su cuento —su magno cuento argentino y americano— y conoce como nadie los caminos de su suelo y entiende que en estas patrias concebidas a orillas de los ríos tutelares ciudad y campo son criaturas de un mismo e indisoluble drama nacional? Aquella vive de éste y le roe la sangre de sus feraces túneles y lo impregna todo del calor de

su recia eclosión dinámica y materialista; mas el suelo pesa sobre la urbe y de un modo u otro impone en ella su atmósfera primordial y la contagia de su vaho poderoso. Por eso Dickmann no hace sino desdoblar esta historia argentina en dos avatares de extremada americanidad, en los cuales deja fluir idéntica sensación de ansiedad de creación de un mundo nuevo: el mundo plural de América que propugna el secreto feliz y difícil de su unidad. Si *Madre América* relata la peripecia geológica de la criatura americana, a aire mágico del Primer Día y cabe el ruido de un río que tiene poderes de totem, *Gentes* es el drama de la gran ciudad que aspira a concentrar los alientos dispersos de una república en gestación, a través de otro drama parcial: el de un linaje vencido. Inclusive pululan por ahí gritos del Paraná que han madurado al vaho de la urbe: uno de ellos es el de aquella pobre hija seronda de los Garabentos del campanario, vástago convulso de una estirpe venida a menos, cuyo jadeo reaparece, recrudescido de angustia, en el terror del futuro de Julia Rocamora: —“Dios sabe lo que será de nosotros el día que cada uno se crea igual al vecino”— hija, también, de vieja casta hecha añicos por el ímpetu brutal de la expansión materialista del hombre americano de hoy, pero no dispuesta a arrancar el pan honrado del fragor de la contienda, ni a meter los pies patricios en taller de menestral, ni a ensuciar el añoso y huero blasón en redentora jornada de faena de humildes y plebeyos. A éstos del imbécil oropel de prosapia sí que les tira a la cara indignada verdad Oscar Lunel, el plebeyo que alzó en el puño, de la mitad del arroyo, caudal y victoria, a fuerza de voluntad digna de un cuáquero. He ahí, encarnada en barro de miserable de Buenos Aires, la raíz del capitalista que impone su recia concepción de la vida en la atmósfera toda de nuestro tiempo. Y he aquí la dualidad americana de esta urbe que, por un lado, refleja y aun agiganta el frenesí de la civilización materialista y lo convierte en locura, y por el otro, al mismo tiempo, traduce fatalidad de palpitación de una realidad telúrica de la cual no puede ni podrá

desprenderse: la de su selva, su Pampa, sus ríos bárbaros y muníficos, su enorme conflicto de hombre y suelo localizado en todos los ámbitos del territorio americano, en las puertas mismas de las grandes ciudades que medran, sin un límite a su expansión, como tumores de un cuerpo primordial que aún no emerge del todo de un terrible alumbramiento...

Todo esto es un mensaje —un cálido, un fervoroso, un inspirado mensaje— y los mensajes no se quedan en mera literatura del libro, sino que desbordan de él y se consuman en sentimiento de pueblo y en misticismo de conciencia nacional. Más allá de las tesis que envejecen y marchitan y mueren en vida del propio ideólogo que las engendró, esta voz opulenta de Max Dickmann produce claridad deslumbradora en lo hondo de la conturbada noche de América y da clave a su futuro ecuménico. Pues en desdoblado y unitario giro ecuménico habrá de parar este confuso aliento de hombre y tierra fatalmente predestinados a urdir síntesis del mundo total. Por su virtud de río elocuente y totem primordial y sacra simiente americana y fulgor de noche y raíz de estirpe continental, celebrado sea el soberbio acento de Dickmann, que es ya consigna capital en la fábrica del mundo que nace.

MAURICIO MAGDALENO.